

**Había Dolor y Esperanza de Cuba...**

# EL NACIMIENTO DEL HIJO DE FRUCTUOSO

**"YO SOY COMO ERA MI ESPOSO;  
NO CONOZCO EL ODIOS"...**

**—Nos expresó entonces la viuda  
del líder estudiantil.**

**E**L 20 de junio de 1957, a las tres y media de la madrugada, nació un niño huérfano: el hijo de Fructuoso Rodríguez. Dos meses antes— el 20 de abril, en la calle Humboldt número 7— el líder máximo de la FEU caía vilmente asesinado. Había dolor y esperanza de Cuba en la ofrenda de su vida. Y como prueba de su fe en el porvenir, dejaba sembrado un ser: el que ahora veía por primera vez la luz patria.

La escena, en la clínica, estaba plétora de sentimientos entremezclados. Había dolor sin medida en la parturienta, madre y viuda a la vez; pero un fulgor de esperanza palpitaba en ella. De modo extraño, imborrable, la amargura de una gran ausencia y el amor de una presencia única se ligaban indisolublemente. Acaso Martha Jiménez no se veía como lo que era: una representación cabal de la mujer cubana en los días desolados de este tormentoso periodo histórico. Como ella, incontables hijas del pueblo vivían crucificadas entre la pena de un afecto arrancado por la violencia y la necesidad de seguir arrastrando un calvario, bajo la certidumbre de futuras resurrecciones.

Adhesiones de pura y honda humanidad aliviaban su espíritu. Mientras comprobaba, entre lágrimas y sonrisas, el patético parecido del hijo con el padre inmolado —semejanza del brote con la raíz—, un círculo de doliente compenetración la rodeaba. Familiares y amigos lloraban y esperaban con ella. Y no pasaron muchas horas sin que el suceso —¡le ha nacido un hijo a Fructuoso, más acá de la muerte!— trascendiera a toda Cuba.

Llegaban las ofrendas y las devociones. El Rector Magnífico del Alma Máter habanera, hogar espiritual y yunque de combate del líder desaparecido, llamaba para preguntar por la viuda y el heredero de Fructuoso Rodríguez. Flores, muchas flores, se volcaban sobre la habitación. Acudían compañeros entrañables del padre. Los supervivientes de una contienda jurada hasta el fin se congregaban en torno a la cuna donde latía un trozo de futuro cubano, que soñaban libre y justo, y se interesaban delicadamente por la madre. De los que faltaban se decía sencillamente: "Es que están siendo buscados..." Una hermandad suprema, nacida de comunes ideales y sufrimientos compartidos sin tasa, vinculaba a todos aquellos cubanos de la misma generación, a la que toca el signo de un destino histórico irrevocable. Alguien —no importa quién, porque el gesto era símbolo del sentir de todos— depositó en la cuna, bien erguida, una banderita nacional.



**"Dos semanas antes de su muerte recibí una carta de él. ¡Ninguno de nosotros sospechaba que eran sus últimas letras! Me pedía que en caso de morir antes de que el niño naciera lo bautizara con el nombre de Osvaldo Fructuoso..."**

**"Tengo la esperanza de que mi hijo crezca en un ambiente de libertad y paz, ya que el destino se lo negó a su padre. Dios me dará fuerzas para hacerlo un hombre, digno de la memoria de Fructuoso..."**



**"Lo único que me ha consolado, en medio del dolor que para mí representa la pérdida de mi esposo y el dar a luz un huérfano, es el afecto que me han manifestado sus amigos y compañeros, y tantos otros cubanos".**





La única sonrisa sin lágrimas. El niño acaba de nacer. Florece la evocación: "¡Cómo se parece a su padre! Es como si lo viera a él. Le pondré Osvaldo Fructuoso, para que me lo recuerde más..."



La enseña nacional parece velar sobre el pequeño ser arrancado a la muerte y el odio. "Así hubiera querido Fructuoso que naciera su retoño —exclama la madre con emoción—, a la sombra de la bandera".



"Muy temprano me ha tocado conocer la desgracia. Soñaba con un hogar feliz, del brazo de mi esposo. No ha podido ser. Lo que ahora me queda es criar a nuestro hijo bajo su ejemplo".

"Yo soy como era Fructuoso; no conozco el odio..." —nos expresó entonces laviuda del inmolido líder estudiantil.

